Fidelidad y libertad

Pio Gonçalo Alves de Sousa

Decano de la Facultad de Teología-Braga de la Universidad Católica Portuguesa. Deán del Cabildo de la Catedral de Braga.

En octubre de 1967 inicié el cuarto y último año de Teología, en el Seminario Conciliar de la Archidiócesis de Braga, en Portugal. Un seminario que proporcionaba todavía a la Diócesis un promedio de 25 ordenaciones al año. Estos números descenderían, drásticamente, en los años posteriores.

El ambiente era el que resultaba de un estilo de educación tradicional, combinado con las transigencias que los seminaristas, poco a poco, iban conquistando. En las clases los profesores eran exigentes y orientaban, con una calidad aceptable, el aprendizaje de los clásicos compendios de Teología de la Universidad de Salamanca.

Los documentos del Concilio Vaticano II, que se había clausurado el 8 de diciembre de 1965, podían vislumbrarse en algunas asignaturas menores, pero estaban ausentes en las materias principales. Pero nosotros, jóvenes de unos veinte años, buscábamos, con ansia, los documentos conciliares, que —recuerdo— salían a cuentagotas. Leíamos, releíamos y discutíamos, sin apenas referencias orientadoras, los textos del Concilio.

Las ideas que marcaban las pautas del análisis eran las de la *novedad* y del *cambio*, que considerábamos sintetizadas en el mágico vocablo *aggiornamento*. El más *popular* de los documentos conciliares era la *Constitución sobre la Sagrada Liturgia*, leída casi exclusivamente a la luz de las alteraciones celebrativas. Lo cual potenciaba esas pobres semillas interpretativas del Concilio Vaticano II.

Es cierto que «el Concilio [...] orientó la Iglesia hacia la renovación interior desde el Misterio»¹. ¿Pero quiénes, entonces, tenían capacidad para resistir a

¹ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Introducción* a la edición española de J. RATZINGER, *El espíritu de la Liturgia. Una introducción*, Madrid 2001, p. 19.

la prisa avasalladora que exigía el permanente *cambio del cambio*? Atreverse, en esas fechas, a escribir, por ejemplo, que «no hay nada más nocivo para la liturgia que poner constantemente todo patas arriba, incluso cuando no se trata de verdaderas novedades»; o que «la ausencia total de imágenes no es compatible con la fe en la Encarnación de Dios»³, sería poco menos que auto-condenarse a la hoguera encendida en nombre de la modernidad.

A grandes trazos, era este el ambiente en el que avanzaba para el sacerdocio: con decisión y entusiasmo, pero minado por un relativismo, del que apenas tenía conciencia y cuyos frutos no era capaz de prever.

Recuerdo, como si fuera hoy, que, un día, a salida de clase, por intermedio de alguien —no sé quien— vino a parar a mis manos el número de octubre de la revista *Palabra*. El que me la dio llamó mi atención sobre la *Entrevista con Mons. Escrivá de Balaguer*, conducida por su joven director Pedro Rodríguez⁴.

Hacía ya algunos años que conocía *Camino*, pero de su Autor y del Opus Dei no tenía más que una vaga idea. Este diálogo, ilustrado por una foto del entrevistado —sobria, elegante, serena—, y, especialmente, la respuesta a la primera pregunta marcaron en mí un *encuentro personal* con el Beato Josemaría Escrivá, que ya no se borraría. Además, puso a mi alcance una clave de lectura del Concilio Vaticano II y del modo de estar en la Iglesia, que, con la gracia de Dios, habrían de ser determinantes en mi vida.

Recuerdo esta parte de la entrevista.

«*Querriamos comenzar esta entrevista —escribe Pedro Rodríguez— con una cuestión que provoca en muchos espíritus las más diversas interpretaciones. Nos referimos al tema del aggiornamento. Cuál es, en su entender, el sentido verdadero de esta palabra, aplicado a la vida de la Iglesia?*

— *Fidelidad*. Para mí *aggiornamento* significa sobre todo eso: *fidelidad* [...]. Esa fidelidad delicada, operativa y constante —que es difícil, como difícil es toda aplicación de principios a la mudable realidad de lo contingente— es por eso la mejor defensa de la persona contra la vejez de espíritu, la aridez de corazón y la anquilosis mental.

Lo mismo sucede en la vida de las instituciones, singularísimamente en la vida de la Iglesia, que obedece no a un precario proyecto del hombre, sino a un designio de Dios. La Redención, la salvación del

² J. RATZINGER, *El espíritu...*, cit., p. 105.

³ *Ibidem*, 154.

⁴ *Entrevista con Mons. Escrivá de Balaguer*, «Palabra» 26 (1967/octubre), pp. 19-30. Este texto fue reproducido, poco después, en *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Madrid 1969, pp. 15-43.

mundo, es obra de la amorosa y filial fidelidad de Jesucristo —y de nosotros con El— a la voluntad del Padre celestial que le envió. Por eso, el *aggiornamento* de la Iglesia —ahora, como en cualquier otra época— es fundamentalmente eso: una reafirmación gozosa de la fidelidad del Pueblo de Dios a la misión recibida, al Evangelio.

Es claro que esa fidelidad —viva y actual ante cada circunstancia de la vida de los hombres— puede requerir, y de hecho ha requerido muchas veces en la historia dos veces milenaria de la Iglesia, y recientemente en el Concilio Vaticano II, oportunos desarrollos doctrinales en la exposición de las riquezas del *Depositum Fidei*, lo mismo que convenientes cambios y reformas que perfeccionen —en su elemento humano, perfectible— las estructuras organizativas y los métodos misioneros y apostólicos. Pero sería por lo menos superficial pensar que el *aggiornamento* consista primariamente en *cambiar*, o que todo cambio *aggiorna*. Basta pensar que no faltan quienes, al margen y en contra de la doctrina conciliar, también desearían *cambios* que harían retroceder en muchos siglos de historia —por lo menos a la época feudal— el camino progresivo del Pueblo de Dios⁵.

La larga entrevista es, toda ella, interesante y rica de contenido. Pero debo confesar que lo que se me quedó indeleblemente grabado fue esa instintiva identificación de *aggiornamento* con fidelidad: un concepto formulado y explicado de un modo amplio y atractivo, donde conviven, armoniosamente, el respeto y la osadía.

Un año después de la ordenación sacerdotal, surgió la oportunidad de ampliar los estudios teológicos en el extranjero. Acepté, con agrado, la sugerencia de un antiguo profesor, que pertenecía —y pertenece— a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, de ir a la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. Fue fácil integrarme en la vida de la Residencia, acepté los medios de formación que me fueron ofreciendo y, humanamente, por mi propia iniciativa, sin que nadie me lo hubiera sugerido expresamente, solicité ser admitido en la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz.

Encontré ahí, en el ambiente de trabajo y en las personas con las que convivía, una materialización de ese concepto de fidelidad que seguía presente en mí. Una fidelidad siempre *novedosa*, que implica *cambios* y, efectivamente, *aggiorna*. Una fidelidad que pasa por la lucha personal, permanentemente renovada, y que no se aparta del calor de la gracia de Dios: «Suelo afirmar —escribe Josemaría Escrivá— que tres son los puntos que nos llenan de contento en la tierra y nos alcanzan la felicidad eterna del Cielo: una fidelidad firme, delicada, alegre e indis-

⁵ *Conversaciones*, 1.

cutida a la fe, a la vocación que cada uno ha recibido y a la pureza. El que se quede agarrado a las zarzas del camino [...] se quedará por propia voluntad y, si no rectifica, será un desgraciado por haber dado la espalda al Amor de Cristo»⁶. Una fidelidad, además, cuyos frutos no se agotan en el estricto provecho personal: «Cristo ha puesto como condición, para el influjo de la actividad apostólica, la santidad; me corrijo, el esfuerzo de nuestra fidelidad, porque santos en la tierra no lo seremos nunca. Parece increíble, pero Dios y los hombres necesitan, de nuestra parte, una fidelidad sin paliativos, sin eufemismos, que llegue hasta sus últimas consecuencias, sin medianías ni componendas, en plenitud de vocación cristiana asumida y practicada con esmero»⁷.

El horizonte presente en esta concepción de fidelidad rompe los estrechos límites de un simple plan personal, circunscrito en el tiempo y vallado por los márgenes del pueblo natal. Se abre a una universalidad que abarca todo el mundo de los hombres y los insondables mundos de Dios.

De esa importante fase de mi vida, siempre valoré el delicado respeto a mi libertad. Con el tiempo, aprendí que el amor a la libertad era otra nota estructurante del modo de ser y, por lo mismo, de estar, de Josemaría Escrivá. «Cuando, durante mis años de sacerdocio, no diré que predico, sino que grito mi amor a la libertad personal, noto en algunos un gesto de desconfianza, como si sospechasen que la defensa de la libertad entrañara un peligro para la fe. Que se tranquilicen esos pusilánimes. Exclusivamente atenta contra la fe una equivocada interpretación de la libertad, una libertad sin fin alguno, sin norma objetiva, sin ley, sin responsabilidad. En una palabra: el libertinaje»⁸. Y afirma en otro lugar, hablando de la llamada universal a la santidad: «Para lograr este fin sobrenatural, los hombres necesitan ser y sentirse personalmente libres, con la libertad que Jesucristo nos ganó»⁹.

La profunda convicción con que refería este derecho y este deber, hechos vida en su vida, agilizaron en mí la disposición para asumir sus enseñanzas o a creer en ellas, con plena libertad interior, cuando no alcanzaba a entender su razonabilidad o su oportunidad.

Y no faltaron ocasiones para este ejercicio, especialmente a lo largo del difícil primer lustro de los años setenta. El año 1967, el Papa Pablo VI había ya descrito la situación de la Iglesia en tonos preocupantes: «A pretexto de acomodar la religión a la mentalidad de nuestro tiempo, se desprecia la guía del magisterio eclesiástico, los estudios de investigación teológica asumen una orientación

⁶ *Amigos de Dios*, 187.

⁷ *Ibidem*, 5.

⁸ *Ibidem*, 32.

⁹ *Conversaciones*, 34.

radicalmente *historicista*, se tiene la osadía de retirar al testimonio de la Sagrada Escritura su índole sagrada e histórica, y se intenta introducir en el Pueblo de Dios una mentalidad que llaman *post-conciliar*»¹⁰. El panorama no mejoró en los primeros tiempos de los años setenta.

La esclarecida y heroica fidelidad del Beato Josemaría Escrivá a Jesucristo y a su Iglesia marcaron, de un modo nítido, su comportamiento. Como escribe Vázquez de Prada, «la experiencia del pasado le servía para avizorar el horizonte, dándole una visión serena de los acontecimientos; y se adelantaba al porvenir, para que éste no le cogiera desprevenido. Siempre usó el Fundador de prudencia; y más ahora. Era, por lo que se ve, dote inherente a su carácter. O, si se prefiere, cualidad otorgada por Dios con propósitos fundacionales»¹¹. Supo, en efecto, hablar con fortaleza, cuando lo corriente era un temeroso silencio; dio la cara para denunciar públicamente tantos desvaríos, sin perder los modales, en un cuadro de una evidente serenidad interior; manifestó una visión de la Iglesia, que no se diluía en circunstancialismos efímeros, y donde las raíces de la Tradición y la perennidad de la fe dictaban la lectura eclesial de los acontecimientos.

Me fue posible, entonces, percibir algo de todo esto en el modo de actuar de Josemaría Escrivá, o creer en él, por la vía del magnífico patrimonio de credibilidad, que le otorgaba.

Sin el apoyo de su lectura de la situación por la que atravesaba la Iglesia y sin sus directrices de gobierno no consigo imaginar cómo hubiera superado las tensiones de ese período. Con menos de treinta años y un ansia de modernidad a flor de piel, pude dejar pasar a mi lado, con asumida serenidad, el cortejo de todas las representaciones llamadas *progresistas*: contenidos teológicos de frontera o situados fuera del patrimonio de la fe recibida; nuevos modos de formulación doctrinal, que, aceptables en sí mismos, podían encubrir doctrinas dudosas; puertas abiertas de par en par a permanentes experiencias litúrgicas, más o menos consentidas, que, una vez asumidas, ahondaban en una concepción de la Iglesia que apostaba por el cambio como clave de sintonía con el mundo.

El paso de los años no ha hecho sino aumentar la gratitud personal a su oportuna vigilancia de Buen Pastor.

La superior estatura, humana y sobrenatural, de Josemaría Escrivá de Balaguer fue confirmada, en su universalidad, por la elevación a los altares. «En efecto, su vida se reviste de humanismo cristiano con el sello inconfundible de la bondad, la mansedumbre de corazón, el sufrimiento escondido con el que Dios

¹⁰ PABLO VI, Ex. Apost. *Petrum et Paulum Apostolos*, AAS 59 (1967) p. 198.

¹¹ A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei. Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-1975)*, Madrid 1983, p. 363.

purifica y santifica a sus elegidos. La actualidad y trascendencia de su mensaje espiritual, profundamente enraizado en el Evangelio son evidentes, como lo muestra también la fecundidad con la que Dios ha bendecido la vida y la obra de Josemaría Escrivá»¹². La totalidad de su vida de sacerdote, concretamente las catequesis públicas y multitudinarias que emprendió en los últimos años de su vida, lo presentan como hombre de su tiempo, para todos los tiempos y circunstancias. Su figura y la generalidad de sus enseñanzas no se dejan atar por condicionamientos de una época o por la singularidad de un determinado grupo de personas.

La riqueza y actualidad de su mensaje tiene todas las condiciones para seguir siendo atractiva, también para los sacerdotes jóvenes. Éstos, en general, siguen apreciando la belleza y profundidad de las doctrinas. Y tienen conciencia de que «el camino hacia la madurez no requiere sólo que el sacerdote continúe profundizando los diversos aspectos de su formación sino que exige también, y sobre todo, que sepa integrar cada vez más armónicamente estos mismos aspectos entre sí, alcanzando progresivamente la *unidad interior*, que la caridad pastoral garantiza»¹³. Y en el mensaje del Beato Josemaría pueden encontrar, en los contextos más variados, una invitación a buscar esta unidad integradora: «Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios»¹⁴.

Además, como siempre, la calidad integral de las grandes figuras sigue seduciendo. La coherencia, la sinceridad, la generosidad, la dedicación son algunas de las notas que prenden, cuando se descubren en las personas vivas.

No hay que olvidar, sin embargo, que, para la generación de sacerdotes que rondan los treinta años, alguien que falleció hace veintiséis años murió ¡hace ya mucho tiempo! Ese obstáculo podrá, sin embargo, ser superado por nuestra labor de revitalización del Beato Josemaría: por la vía del permanente redescubrimiento de su perennidad; por la grata imagen de libertad interior y de fidelidad creativa de cada uno de quienes hemos contraído con él una impagable deuda de gratitud.

¹² JUAN PABLO II, *Homilía en la Beatificación de Josemaría Escrivá de Balaguer y Josefina Bakbitta*, 17 de mayo de 1992.

¹³ JUAN PABLO II, Exhort. Ap., *Pastores dabo vobis*, 72.

¹⁴ *Conversaciones*, 114.